

CUANDO SALI DE EGIPTO

(Notas sobre la Pascua Judía)

de GEORGES LEVITTE

Georges Levitte es director del Programa de Servicios Comunitarios, en París, Francia, y uno de los más destacados dirigentes europeos en el campo de la educación judaica para adultos. Sus dotes de conferencista y escritor son bien conocidas, y nos sentimos honrados en darle la bienvenida a las páginas de MAJ'SHAVOT con este artículo especialmente escrito para nosotros. Traducido del francés por el Prof. M. Ederly.

Cuando un escritor, judío o no, de Jad Gadiá, de Zangwill a Identidad, de Jo Sinclair, quiere presentar un condensado de vida judía auténtica en ocasión de una crisis de nostalgia capaz de justificar todos los retornos, hace volver a su personaje central hacia su familia para vivir el Seder, la primera noche de Pésaj, la Pascua judía. Después de haber penetrado por el pórtico del Cristianismo la civilización europea, y transmutado su folklore primaveral, después de haber atraído la atención de los historiadores de religiones comparadas, el Seder ha hecho así su entrada en el romance, principalmente en sus armonías sentimentales.

Tomando en cuenta la importancia que todavía conserva este rito antiguo en los hombres de hoy, los comentaristas modernos del Seder se han abstenido de presentar la ceremonia del Seder a la luz de la moda cambiante de nuestros días. Así hemos tenido derecho, especialmente, a una Pascua-Fiesta de la Independencia, una especie de 14 de julio mal llegado; o a una Pascua-Fiesta de la Libertad, suerte de rito cuarenta y ochesco; tuvimos derecho a las fiestas agrícolas celebradas durante dos mil años en pueblos sombríos; o a fiestas paganas de la primavera, moralizadas por el judaísmo.

Cada una de estas explicaciones, pretenciosas e infantiles, pueden de alguna forma, tocar un aspecto de las significaciones reales de Pesaj; pero habría que definir al mismo tiempo, en el contexto bíblico y en el de la literatura post-bíblica, las propias nociones de libertad, de fiesta, de conmemoración, etc. Si se nos afirma, por ejemplo, que el Seder conmemora el nacimiento de una nación nos vemos de inmediato llevados a pensar si existe alguna relación entre lo que pudo haber sido una nación 1500 años a E.C. y lo que denominamos hoy con ese nombre.

Todo eso no sería suficiente para explicar el cómo y el porqué del Seder; con su desarrollo minuciosamente ordenado de símbolos, de gestos y de palabras, continúa ejerciendo atracción, incluso sobre los judíos más alejados de cualquier aspecto ritual. Y no obstante, gestos y palabras se repiten, ya sea porque sufrimos sentimentalmente la potencia emotiva del Seder, ya sea porque nos adherimos a un ritualismo que guía el conjunto de la existencia, y que permite repetir con convicción una de las oraciones centrales del Seder: "... cuando yo salí de Egipto"... incluso cuando no volvemos a sentir la candente actualidad. El sentimentalismo, la idea del Seder nos permite asistir al mismo; la ejecución de las prescripciones nos permite prepararlo. Pero, ¿podemos realmente participar de él?

Estos dos extremos, la dilución en la idea y la esclerosis en el gesto, para hablar en términos actuales, no son conocimientos menos viejos en la historia del judaísmo.

En el amanecer de la era cristiana, Filón ya había intentado traducir la tradición judía en términos de su época y fundir el Seder en una suerte de experiencia de lo universal, en la cual todo lo que el judaísmo contenía de correcto se convertía en símbolo, donde cada individuo alcanzaba a un Dios abstracto, sin Revelación, sin Creación, sin Historia. En el lenguaje helenístico de los misterios orientales, el Seder se convertía en un paso de la ignorancia a la sabiduría, el pasar del mundo de los sentidos al mundo del alma, paso en el cual la salida de Egipto había sido una alegoría. El Faraón, espíritu corpóreo, es vencido y, a través de las tres etapas de los misterios, Israel se pone en marcha hacia el Ser que sólo Moisés, guía de las almas, logrará alcanzar. La ceremonia tiene lugar de noche, en el momento que desaparece la luz material y surge la iluminación interior. Y al final de cuentas, la mesa del Seder se convierte en una verdadera "Mesa de Comunión" que posee una potencia sacramental y una significación secreta.

Comprendemos fácilmente que ese tipo de explicación haya suscitado amplios ecos en el cristianismo. Y que los alumnos de Filón hayan desaparecido del judaísmo. En efecto, para la larga pléyade de nuestros exégetas, el Exodo no sabía ser una simple alegoría, sino un acto histórico y sagrado a la vez, según el cual Péasj no es solamente una conmemoración sino la ocasión de nuestra participación en la misma.

Posiblemente estemos tocando con ello uno de los puntos más característicos (y más comunmente olvidados) de la concepción judía de la historia. Un evento histórico no es un simple accidente situado en un punto determinado del tiempo, sino que forma parte de un proceso continuo que abarca, más allá de sus contemporáneos, todas las generaciones anteriores y posteriores. Es así que el Midrash afirma que todas las generaciones de todos los tiempos estuvieron presentes al pie del Sinaí y que todavía podemos repetir: "Es así que Dios actuó para MI cuando YO salí de Egipto".

En el sentido más simple, la salida de Egipto ha cambiado evidentemente todo el destino del pueblo de Israel; no habríamos estado allí, decimos en el Seder, si Dios no nos habría hecho salir de Egipto. Pero esto no es más que una consecuencia, en alguna forma pasiva, del Exodo. Nos convertimos en los actores de un drama en la medida que participamos efectivamente; el Seder es esta misma participación efectiva, y la afirmación ritual, tangible, de esta participación. Es sólo en la misma medida que esta participación es real, que la salida de Egipto, que el hecho de ser judío, se convierte en real y toma sentido, o sea una significación al mismo tiempo que una orientación.

Péasj no es únicamente un aniversario, una piadosa conmemoración, es decir un último análisis o recuerdo de cosas ya pasadas, un afloramiento sentimental de la memoria. Si fuera nada más que esto, no podríamos entender el que haya podido ejercer alguna atracción sobre las generaciones presentes, sobre los hombres más alejados del texto bíblico.

Si la salida de Egipto conserva para nosotros algún valor, si todavía podemos participar en el Seder, es porque adivinamos, con alguna medida de confusión, el alcance sagrado. El éxodo histórico no es más que el acontecimiento clave que, en el proceso continuo de la Historia, desde la Creación hasta nosotros, ha dado su forma y sus costumbres al Pésaj. Lo que se celebra es el Exodo ideal, siendo el éxodo de Egipto una transcripción en la Historia, de la misma forma que el nacimiento siempre renovado de la primavera, al finalizar el invierno, es una traducción en la naturaleza. Estos hechos tangibles, sensibles al menos sensible de los hombres, son la promesa y la garantía, para cada uno de nosotros, de la liberación posible del mal, y al final de cuentas, Pésaj es, tanto como un acontecimiento del pasado, el aniversario de un evento permanente, a saber: el aniversario anticipado de la Liberación final marcada por la presencia de la copa reservada (en el Seder) al profeta Elías.

Pésaj es pues, la actualización del valor permanente de la salida de Egipto; el Seder es la realización, en nuestra escala individual y familiar, del Exodo.

“En cada generación, cada hombre tiene el deber de considerarse como si él mismo hubiese salido de Egipto” . . . no solamente a nuestros padres liberó Dios, sino también a nosotros, como está dicho: “Y a nosotros nos hizo salir de allí para traernos y ofrecernos la tierra que prometió a nuestros padres” (Números, 6:23).

El evento histórico toma así el sentido de una experiencia continua y viviente más allá de las contingencias de lugar y de época. La salida de Egipto se convierte en un evento moderno, el Seder de un rito actual.

Solamente entonces este acto específico por parte de un grupo humano específico, concierne la experiencia humana en general.

Una “universalización” muy apresurada del Pésaj lo despojaría de su contenido viviente, y nos empujaría a refugiarnos en generalidades que harían desaparecer nuestro esfuerzo personal en un cómodo anonimato incluso si encubrimos esta “desencarnación”, esta “espiritualización”, bajo una hipócrita y pasiva torpeza vagamente mesiánica.

Th. Gaster nos da un ejemplo muy actual de esta actitud: el carácter universal del matrimonio no quita nada a las cualidades propias de cada unión particular. No nos casamos con la idea de la mujer, sino con una mujer en particular, y solamente en la medida que esta unión particular es profunda, real y única, es susceptible de un valor universal, siendo prueba misma de lo universal. Asimismo Pésaj, bodas entre Dios y el pueblo de Israel, entre Dios y cada individuo, alcanza lo universal solamente en la medida que es profunda y realmente judío.

En el mismo sentido, Pésaj no es la fiesta de la “Libertad en sí”, noción abstracta y no universal, sino la fiesta de la Libertad en el contexto de la salida de Egipto. Nuestro concepto de libertad varía según las ideas del tiempo y se entremezcla con las nociones de independencia, de derechos humanos, de democracia, etc. . . Aparece con relación a la Libertad verídica como una suerte de oportunidad importante, cierto, pero no básica, como una necesidad política surgida de una serie de accidentes históricos.

rante el Seder nos recuerdan que, si ponticamente el Exodo es el punto dominante de nuestra historia antigua, sin embargo tiene únicamente valor según la tradición judía, como una de las etapas hacia la Revelación manifestada en Sinaí. No se trata únicamente de la liberación política de un pueblo, sino del paso de un estado de "esclavos de esclavos" al estado de "servidores" a la realización del estado de hijos. "Si Israel hubiera salido de Egipto y no hubiera aceptado la Alianza de Sinaí, habría consumado su liberación —quiere decir, habría sido liberado de la esclavitud— pero no habría alcanzado la libertad en el sentido judío de la palabra." (Gaster)

Si de la dilución en la idea, nacía Pésaj en substancia, la esclerosis es una serie de gestos conmemorativos de un evento pasado, como si no tuviera ninguna actualidad en la historia que se está desarrollando, es el otro extremo o sea otra cómoda tentación, por supuesto.

Con anterioridad a la era cristiana, los Samaritanos celebraban la pascua como lo continúan haciendo todavía en nuestros días. Ellos se dirigen en peregrinaje hacia el monte Guerizim, donde antaño existía un santuario, en competitiva existencia con el Templo de Jerusalem, y continúan acercando en un altar, un cordero como sacrificio ritual de la pascua, en forma que posiblemente sea muy similar a los ritos judíos de la época del Segundo Templo. Todos los hombres vestidos de blanco, preparan dos hogueras, una para asar el cordero y la otra para consumir las ofrendas y los restos animales. Hacia la puesta de sol, el sumo sacerdote, volviéndose hacia el oeste, lee el texto bíblico del libro Exodo en el cual se prescribe el sacrificio pascual, y entonces dos sacrificadores degüellan los seis o siete corderos cuya carne será consumida por el fuego antes del amanecer. De inmediato empiezan los festejos; una vez entrada la noche los animales son colocados en las hogueras, mientras que los Samaritanos pletican o rezan. Pasada la medianoche todos los asistentes que ya se han lavado los pies y las manos, ceñidas sus cinturas, y con un bastón en la mano, reúnen para comer la carne asada acompañada de pan ácimo y de hierbas amargas, apresuradamente, como lo prescribe la Biblia, dejando como restos, huesos en gran cantidad que son de inmediato arrojados al fuego; después se aguaran el amanecer orando.

Los Samaritanos no conocen el uso de copas de vino ni del "Jaroset", tampoco los cojines que exige la tradición para asegurar una cena confortable. En efecto, el Seder tal como lo festejamos en la actualidad ha tomado su forma actual a través de una lenta integración de elementos prestados con el transcurso de los siglos; casi cada línea lleva impresa la huella de una época y de un medio ambiente. El desarrollo del Seder ha sido readaptado a las necesidades de una vida ritual que no está más centrada en el Templo y en los sacrificios. Hay que notar no obstante, que lo esencial del Seder se remonta ciertamente más allá de la época de la destrucción del Templo y que además encontramos indicios de ello en los textos pseudográficos y en los Evangelios.

La vuelta al ritual convertiría al Seder en una simple conmemoración convertida en gestos y palabras; nos sería entonces suficiente asistir al mismo recuerdo de un acontecimiento, glorioso por cierto, pero definitivamente cadu-

quier contenido que sobrepase el sentimentalismo o el folklore.

El Seder, reducido a su esqueleto, es pues una ceremonia muy antigua, arraigada en la más remota tradición judía, pero que se ha revestido, en el transcurso de los tiempos, de elementos casi advenedizos, que llevan el sello del medio-ambiente de donde han surgido. Esta extensión no es un fenómeno de importancia secundaria, más bien al contrario, es la prueba de una participación en la lozanía siempre renovada de los ritos pascuales.

El Seder se convierte así en una síntesis viviente de toda la historia de los judíos, no solamente por los textos que son leídos, sino por la intercalación de textos nuevos, de canciones nuevas, de modalidades nuevas, en fin de comentarios nuevos que fueron gradualmente insertados.

Todos estos nuevos elementos, exegéticos o folklóricos, varían en algo según los ritos particulares, expresando con vitalidad la continuidad de la historia judía, al igual que el marco rígido del Seder es la expresión de su arraigo en lo sagrado. Este folklore no es, desde luego, el simple producto de fantasías individuales o de modas pasajeras, pero sí el folklore de un pueblo que, a través de su historia, participa todos los años en la continuidad de la salida del Egipto.

Es evidente que, en tal u otro comentario particular, en tal u otra costumbre local, no encontremos posiblemente más que una división superficial. Pero no es por casualidad que la Hagadá, el texto del Seder, haya dado lugar a una exégesis tan frondosa, mientras que los oficios han causado tan poca. La misma Hagadá ¿no nos invita a "incrementar su lectura", con el fin de participar mejor, cada familia, en el desarrollo de la Historia y el ritmo del Universo? Todas las costumbres locales no son más que el testimonio de esta continuidad de la historia, de esta perpetuidad de las épocas y de la participación incesantemente renovada del Pueblo de Dios.

Es curioso notar a propósito que, a pesar de la desconfianza hacia las imágenes, son innumerables las ilustraciones de la Hagadá. Si, como es natural, los personajes de estas ilustraciones están vestidos de acuerdo con la moda de la época (¿no es acaso la historia siempre actual?) llevan en su inmensa mayoría, no tanto en el texto mismo (haciendo a un lado los retratos de los "cuatro hijos"), pero sobre el conjunto de la historia judía, bíblicas a juzgar las escenas representadas, "modernas" a juzgar por las vestimentas, las decoraciones y el estilo.

He aquí, por ejemplo, la célebre y fastuosa "Hagadá de Sarajevo", una de las joyas del arte franco-español del siglo XIV, que nos recuerda en bastantes aspectos el "Psautier de Saint-Louis". En el resplandor de los colores azul, púrpura y oro, he aquí la creación de Eva y la Historia de la serpiente; he aquí a Sodoma en llamas y la estatua de sal; he aquí a Abraham con un porte real propio de la Edad Media, llevando a su hijo al sacrificio; he aquí a los hijos de Jacob en camino hacia Egipto; he aquí a Moisés en su arca, Moisés entregando las Tablas de la Ley en una sinfonía de colores rojos apenas entrecortados

pequeño sirviente negro con los ojos atómicos.

Los ritos antiguos se renuevan así, sin perder nada de su valor sagrado. Esto nos arroja una luz sobre el sentido de las costumbres judías, de las usanzas y de la reglas, ya sean de origen rabínico o "folklórico".

Para compensar, nosotros también, nuestra falta de saber enriquecer el rito, sin desarraigarlo, contribuimos por lo menos con nuestra nostalgia de paz, de Paraíso y de vida. Más allá del valor familiar o nacional de la ceremonia tan minuciosamente reglamentada, con palabras aparentemente muertas, continúa teniendo para nosotros la extraña atracción de lo infinito.